

**COMO** Remedios, una chica modista de Sarandós estuvo algo enferma este invierno y como yo la vi muy aprensiva se me ocurrió decirle:

—Mira Remedios, si o teu non e nada, que non o será; cando chegue o vran temos que ir a Pastoriza e levarémolle unha ofrenda a Virxen.

Y como lo de Remedios no fue nada pues tuvimos que cumplir la promesa e ir en peregrinación para dar las gracias a la milagrosa Virgen de Pastoriza. Fuimos tres, pues también nos acompañó la madre de Remedios. Llegamos hasta el santuario donde oímos misa y donde fuimos testigos de cómo una «ofrecida» penetraba en la iglesia de rodillas, iluminados los ojos por una fe de mil años. Luego, ya a la salida compramos unas sargas de rosquillas morenas a una mujer enlutada. Todo ello, santuario, virgen, rosquillas, peregrinación, me retrajo —ora por la memoria, ora por el escenario, ora por el gusto— a la infancia.

¡Qué lejos nos parecía entonces Pastoriza! Ir hasta allí, y alguna vez lo hice a pie, era como llegar hasta el Finisterre.

Ahora Pastoriza está ya envuelta en los suburbios de la nueva Coruña, entre la refinería y las fábricas... Por suerte el cambio, al enfrentarse con el templo, se ha comportado de forma respetuosa y las reformas últimas han resultado muy acertadas. A la milagrosa Virgen de Pastoriza, a partir del siglo XVII en que le hicieron tales «judiadas», no la han vuelto a tocar. En el mil seiscientos y pico, nuestros antepasados coruñeses agarraron a la imagen ancestral y se les ocurrió la idea de «estirarla» porque estaba «sentada» y también le quitaron la cabeza antigua (hace poco aún la tenían en la sacristía) y le pusieron una nueva más «bonita», que es la que tiene ahora.

Volví a nuestra casa de Xanceda pensando en el santuario de Pastoriza y en lo que crece La Coruña y en si crece bien o en si crece mal, y he aquí que a las puertas de la finca nuevamente —como antes en el santuario— tuve que encararme con el fenómeno del cambio. Ahora se materializa no en fábricas humeantes o en casas de altura desproporcionada para el entorno, sino en cuatro jóvenes que, si los vemos hace quince años, nos hubieran parecido marcianos o seres de otros planetas.

Eran dos chicos y dos chicas. Ellos medían casi dos metros, uno tenía unas melenas y unas barbas que obligaban a pensar en «Jesucristo superstar»; el otro también llevaba melenas, pero no tan largas. Las dos jóvenes eran las criaturas más bellas que yo había visto en mucho tiempo; con sus cabellos dorados y sus ojos azules parecían dos sirenas, recordaban a la Lorelei la famosa sirena del Rin.

Una de las chicas —Nicola— llevaba puesto un sari y la otra —Ela— pantalones vaqueros y una camiseta como los chicos. Las dos iban bastante vestidas, pero descubrían algo que en épocas antiguas hubiera sido muy extraño lucir: el ombligo.

Los cuatro venían en un automóvil con matrícula de Colonia.

—oOo—

Resulta que este año en Alemania una de las grandes compañías turísticas descubrió la existencia de nuestra vieja Galicia, una región que, desde Carlomagno y las grandes peregrinaciones jacobinas, los alemanes tenían perfectamente olvidada. Al parecer se escribió un artículo muy largo, concien-

## VISITA DE UNOS JOVENES EXTRANJEROS

zudo y exacto como todo lo alemán, explicando que Galicia era una tierra encantadora y que aquí llegaban pocos turistas y prácticamente ninguno procedente de la República Federal. Es verdad —reconocían— que aquí hace menos sol que en el Sur, pero como ahora dicen que mucho sol no es bueno, en cambio el paisaje, la comida, las playas desiertas, la belleza de las rías todo ello —insistía la propaganda— constituye un aliciente. Enterada del nuevo interés germano, yo, lejos de alegrarme, me llevé las manos a la cabeza. Somos muchos los que tenemos —alertados por lo que ha sucedido en Cataluña y en Andalucía, y ya no digamos en Mallorca— que si a los turistas les da por venir aquí acaban por destruir nuestra ya amenazada ecología. Ya se están cometiendo desafueros en las proximidades de La Coruña y de Vigo, construyendo horrendos rascacielos sin ton ni son y si esto se pone de moda y vienen los del norte podrá ser —por lo que a los efectos se refiere— como la llegada de los bárbaros en el 400.

Y que no digan que luego nos compensa el dinero: hay un tipo de turismo que no deja nada, estos simpáticos jóvenes pensaban gastar dos mil doscientas pesetas por barba en los diez días que durarían sus vacaciones galaicas, incluyendo naturalmente en esta suma la gasolina.

—oOo—

Así yo me encaraba con el fenómeno del cambio encarnado en las juveniles personas, una de las cuales (Nicola) me venía encomendada por un amigo común.

La juventud de estos chicos es tan diferente de lo que fue la nuestra que nuevamente tengo que recurrir a la comparación con los marcianos. A los 18 años —la edad de las chicas— mientras ellas recorren Europa durmiendo en una tienda de campaña que ora instalan en un «camping» ora en plena naturaleza como hicieron en Asturias, a mi casi se me antojaba una proeza ir a pie hasta el Santuario de Pastoriza para orar ante la Virgen con su cabeza «nueva» del siglo XVII, mientras ellas avanzan por el mundo con sus compañeros ligados por esa misteriosa relación que le deja a uno tan perplejo, aún gravitaban sobre nosotros las enseñanzas recibidas en instituciones post conciliares (post Concilio de Trento).

Mientras ellas enseñan el ombligo nosotros recibíamos una toalla para que nos bañáramos cubiertas según era propia de jóvenes piadosas y cristianas...

Del medioevo a la Luna. La generación perdida somos nosotros, los nacidos entre 1920 y 1930 que, perteneciendo aún psicológicamente al orden antiguo hemos tenido que presenciar el advenimiento del nuevo.

Ahora estamos como en la tierra de nadie, estamos desorientados. Creo que Saura toca algo este tema en «La Prima Angélica», quizá por eso la película despierta tanta pasión. Aquí en el Ferrol hasta la quisieron quemar.

—oOo—

No era, sin embargo, difícil comunicarse con los jóvenes. A poco que uno profundice encuentra una raíz común que liga a su juventud con la nuestra y la nuestra con la de Que-

vedo. Esta raíz es la rebeldía pero la nuestra permaneció como una fuerza larvada en el fondo del corazón y como toda fuerza larvada aún es terrible, aún constituye una amenaza. En cambio la rebeldía de ellos se despliega ofensiva, manifestándose no solo en el porte o el atuendo sino también en el desprecio hacia los valores de la sociedad establecida.

Galicia les fascinó, aquí creyeron encontrar una tierra pura, aún no contaminada por el «consumo», en cierto modo contra-cultural puesto que, apartándose de las poblaciones, aún la creían libre de los maleficios «culturales». Les habían recomendado que visitaran determinados puntos de esos que recomiendan las agencias y yo les dije no sin ironía: «Perfecto, allí encontraréis campos de

Por VICTORIA ARMESTO

golf, y de tenis, y piscinas y grandes hoteles...» Si les hubiera dicho que encontrarían alacranes y serpientes no hubiera sido mayor su espanto.

—oOo—

Conoci algo acerca de su status familiar que, en pocas palabras era el siguiente. Thomas, el que más recordaba a «Jesucristo superstar», 19 años, acaba de hacerse bachiller (el bachillerato alemán dura 9 años). Hijo único, vive con su madre divorciada, empleada en una casa de seguros y que les ha prestado su coche para estas vacaciones; Ralph, cumplió aquí en Galicia 20 años, bachiller, uno de los cuatro hijos de un oficial del ejército. A pesar del «status» paterno, Ralph es objetor de conciencia, pacifis-

ta, ha rehusado hacer el servicio militar y hará en cambio el «servicio civil» trabajando como sanitario en un hospital, más tarde se hará maestro; Nicola, hija de un abogado colonés, tiene 19 años, estudia en la escuela de Comercio. Ela, 18 años, vive con su madre, que es divorciada, aún estudia el bachillerato. Las dos chicas se conocieron hace un par de años en un «camping» del sur de Francia y desde entonces son amigas.

Los cuatro manifestaron que entre ellos no existían relaciones de carácter sentimental, eran simplemente buenos amigos que se habían reunido para las vacaciones.

Me mandaron una postal desde la mal llamada costa coruñesa «de la Muerte» y en ella me decían que tanto Mugia, como Finisterre como Carnota... eran algo así como el paraíso terrenal, adoraban las playas desiertas, la gente tan amable, y la infinita variedad del pescado y, las bellezas naturales; a tales encantos se añadía el hecho casi misterioso de que no habían encontrado apenas turismo y ¡ningún otro alemán!

## LAS SENTADAS

Por CARLOS GARCIA BAYON

**EN** la actualidad, una de las formas más efectivas de las reivindicaciones sociales, cromosomáticas o económicas, es la sentada. Que aspiran ustedes a liberarse de los ceñidores, vil supervivencia de la opresión burguesa... Pues habilitan por el procedimiento más idóneo una docena o dos de contestatarios y así, en fresco racimo, se sientan frente al Capitolio. Si repiten la sentada por un discreto período de tiempo, y la nutren de pancartas, gritos, y alguna indiscreta e incruenta exposición pectoral que certifique «in vitro» lo lícito de la protesta, es muy posible que los miembros de la Cámara voten la liberación de los justillos, incluso de los cruzados mágicos, de cualquier forma más o menos perifrástica de tiranía torácica. Si lo que ambicionan es que desaparezca el lunes —jornada laboral a todas luces indignante—, y que la semana comience el martes, pues lo mismo: convocan ustedes medio centenar de inconformistas y tras una sentada en la vía pública los legisladores decretarán la eliminación.

Las sentadas, que son, repito, uno de los medios de coacción socioeconómica de nuestra historia, de una historia que



tiende al glorioso hedonismo, apenas si exigen de los practicantes el mínimo esfuerzo intelectual y heroico. Contrariamente, si un ciudadano, en un Parlamento del «ancien régime» o en una asamblea sindical o en una simple junta parroquial, trata de imponer un criterio, ambiciona una reforma, se empeña en el logro de unos determinados objetivos, ha de quemarse las cejas con honesta minuciosidad para que los racionios y las estadísticas que maneje convenzan a los otros miembros de la Asamblea, pero les convenzan a cumplidas, tanto silogística como económicamente. De lo contrario habrá perdido el tiempo. Mas para una sentada, y repito, expeditivo sistema de presión, no se precisan meninges ni hormonas escrupulosamente diferenciadas: con tal de poseer los glúteos consistentes, las nalgas resolutivas, santas pascuas.

En otros tiempos la foliculina y la masa encefálica jugaban serios papeles en las reivindicaciones. Diversas experiencias lo certifican. Existían la huelga estratégica y airada, el proletariado de las barricadas y de los textos de Bakunin, el anarquismo militante, los paros laborales, pero sin seguridad social, las manifestaciones frondosas hendidas de sablazos, los mítines de agresiva oratoria y espectadores comprometidos... Ahora, con el crepúsculo de las ideologías, con el industrialismo y el consumismo, y el neocapitalismo, y la plenitud de la mesocracia y el fenómeno Cruyff, toda política se ha transformado en socioeconomía, es decir, en problemas de horarios laborales, de seguridad social, de vacaciones, minifaldas, quinielas, música ambiental, sincorbatismo, ventas a plazos, neveras,

discotecas y liberaciones freudianas; lo cual, como es lógico, exige para sus plenitudes otra estrategia: las reclusiones en los templos, los claustros en el ojal, las sentadas...

Gandhi fue quien primero descubrió una sistemática protestaria distinta de la que prevalecía en los mercados revolucionarios; y comprobó que el ayuno fisiológico, espectacular y sedente en la vía pública, poseía más fuerza que los lanceros bengalíes, Gandhi desarrolló todo su objetivo nacionalista —condición previa para luego encararse con los problemas socioeconómicos de la India—, exponiendo su costalada de huesos, su transparencia epidémica, su fantasma aceitinado por las calles de Calcuta y Benarés, Los británicos, en la inercia de los rutinarios, despreciaron el esqueleto de Gandhi, y Gandhi dio jaque mate al Imperio inglés. Pero no faltan investigadores que descubren antecedentes de las sentadas ya en el siglo XIII, en el Santiago sedente del Pórtico de la Gloria. Otros, más modestos en las inquisiciones arqueológicas, aseguran que la primera sentada la practicó madame Recamier en la famosa otomana. ¿Pero de qué protestaría tan extraordinario ejemplar humano teniendo como adorador a Chateaubriand, señor de los truenos y las cabelleras arrebatadas? El prurito de muchos historiadores se circunscribe a imaginar anticipaciones. Para ellos Goya ya amanece en Altamira, Josselito ya se pronuncia en Teso y el comunismo en el primer Colegio Apostólico. Evidente que nada es nuevo bajo el sol. La historia, lo decía Ortega, son simples variaciones y combinaciones a partir de cuatro o cinco verdades cardinales. Pero el carácter medularmente socioeconómico de nuestros tiempos, jamás ha tenido en los siglos pasados un centro focal tan ígneo y definitivo. Por eso las sentadas, instrumento glúteo para el logro de esas conquistas socioeconómicas, ofrece en nuestros días unos perfiles cuya originalidad es manifiesta, originalidad que consiste en la ausencia de los elementos intelectuales y glandulares que definen los movimientos pretéritos de la historia.

Piénsese para ello en la cantidad de fósforo y jugos hormonales que han consumido los espartaquistas en las luchas universales. La diferencia entre un irmandiño, entre un comunero, entre un «sans culotte» y los miembros de una sentada es abismal, como abismales son los resultados. La historia camina hacia los mínimos esfuerzos los máximos inventarios. La historia, impulsada por la mecanización y los programadores, camina hacia la semana de 8 horas, hacia el ocio unánime, hacia el «dolor far niente», hacia el hedonismo. En esta situación el ciudadano ha de consumirse lo menos posible; y en vez de asaltar Bastillas, con sentarse en la calle de Alcalá le es suficiente para que los legisladores accedan a las reivindicaciones exigidas.

Si antes los glúteos eran el símbolo nefando de la injusticia, las prominencias anatómicas donde convergían todas las coces cesáreas de la historia, hoy es el área más valiosa para la conquista de cualquier hiperbólico derecho humano. ¡Qué aventura de verticalidad es la vida!